

## **FRANCISCO RIVERO OSTOS. Colono del año de mayor edad**

Paco Rivero nace el 24 de julio de 1912. Desde antes de los siete años ya tenía algunas tareas que hacer: ayudándole al padre a trillar en la era, echándole trigo a la zaranda, o llevarle el almuerzo allí adonde estuviera trabajando. Alguna vez se ganó un pescozón por entretenerse a jugar y descuidar este menester. Algunos de sus compañeros de la escuela se fueron a estudiar a Utrera, pero a él lo obligaron a permanecer trabajando aquí.

Es verdad que no sacó carrera, pero su dinamismo e iniciativa le permitió ir lejos, y ahora la mayoría de sus amigos se han quedado en el camino mientras él ha alcanzado los 97 años, gracias a su actividad, a su visita a las fincas a su dieta sana de pan y aceite de oliva.

Con 16 años empezó a trabajar con su abuelo, ganando dos pesetas. Más tarde su abuelo Rivero le dejó dos fanegas de tierra que él sembraba de trigo, así fue capitalizando poco a poco su casa y poniendo los cimientos de futuros proyectos. Más tarde arrendó una finca de 60 aranzadas y compró algún ganado con lo que las cosas se iban consolidando. Pero llegó la guerra y el ganado lo dejó en el cortijo de su tío Currito Juan Ramón.

Anduvo por esos frentes en Obejo, Alcolea, Pozoblanco, Villafranca... En 1937 es destinado a una población cercana a Tetuán, donde tenía su Cuartel General la Legión Española. Como cosa curiosa recuerda Paco de sus idas a Tetuán que compró a unos comerciantes judíos un hábito de Nazareno que regaló a su abuela, que lo llevó de martaja en su entierro.

Cuando volvió en 1939 tras la guerra, intentó recuperar el ganado, pero las cosas se habían trocado y en gran parte tuvo que comenzar de nuevo. Hasta que se casa en 1942 con María Dugo Martínez, trabaja en compraventa de ganado y aceituna para la empresa de los Porres de Écija. Los abuelos Rivero con motivo de su casamiento le regalan la casa chica, cuatro fanegas en la huerta, seis en los Quiñones y una en la senara. María se hace cargo de vender las hortalizas y se consolida la economía familiar, hasta el punto de arrendarle parte del cortijo a su suegro, lo que le proporciona unos recursos añadidos.

Con María Dugo tiene 9 hijos: Mari Pepa, que falleció joven, Patrino, Concepción Inmaculada, Paco, Manuel Antonio, Ernesto, Jesús María, Pepe Ángel y María José, dándoles a todos estudios.

En 1950 abre la fábrica de Aceites, que era de lo más moderno de entonces, y que fue montada por Vida Varo, unos catalanes de Tortosa empresa puntera en nuevas técnicas para la molienda, el prensado y la extracción del aceite de oliva.

En 1956, en que las cosas le fueron estupendamente, y no era escasa la necesidad, regaló a cada habitante del pueblo un litro de aceite. Como era lógico se montó una cola parecida a las del racionamiento.

Las cosas fueron bien hasta 1963, en que con el ministro Ullastres, se adquirió gran cantidad de aceite del extranjero a 24 pesetas lo que hizo que se hundiera el mercado nacional y que se arruinaran incluso la empresa de Carbonell.

No obstante, como apunta en su nota Ernesto, su hijo, levantó cabeza por encima de todo y aunque ya fueran otros tiempos no se amilanó jamás ante las crisis de todo tipo que abundaron desde los 70 a los 90.

Algunas actitudes y valores que han hecho de la Colonia lo que es hoy en día, que nos han hecho ser como somos, están claramente plasmados en las vidas de nuestros mayores. Así, la larga y activa vida de Paco Rivero Ostos, (97 años) es un ejemplo claro de resistencia.

Porque es la vida de un corredor de fondo. Un hombre que posee un especial seguro frente al desaliento. Un digno heredero de aquel espíritu colono, que trajeron quienes desbrozaron nuestras tierras. Aquellos de nuestros ancestros que buscaban crear riqueza en donde no había casi nada.

Padre de ocho hijos, repite su consejo de “que la vida es lucha”. Una idea que, con seguridad, ha asimilado desde pequeño de sus mayores. Luego, invariablemente, se deja llevar por sus primeros recuerdos para hablarnos de que empezó a trabajar de niño, de que no le dejaron estudiar, ni emigrar, el drama de la guerra, la posguerra, los reveses en sus múltiples negocios, la pérdida de una de sus hijas, de su primera mujer y, de cómo, poco a poco, le han ido dejando solo sus viejos compañeros de viaje.

No hay que insistirle para que revele el secreto de su buena salud. Muy serio, nos dice que ha sido siempre una persona austera, entregado a su familia, comedida en la comida, que continúa saliendo todos los días al campo y que cree en el aceite de oliva, como fuente indiscutible de salud.

Los que lo conocemos, sabemos que hay más. Y que tiene que ver con su actitud de curiosidad por todo; tiene que ver con el hecho de que sea muy imaginativo, sociable, que se entusiasma con facilidad ante nuevos proyectos, tozudo, inquebrantable ante el desaliento y que, a golpe de porrazos, se ha hecho a sí mismo.

Paco Rivero encaja perfectamente en ese perfil que hoy denominamos como “emprendedor” aunque en una especial versión “colona”, por su constante y demostrada ilusión en crear riqueza. En crear empresa pese a todo.

Empezó con negocios de ganado, madera, arrendamientos, pero lo que más le ha marcado ha sido la creación de la empresa “La Colonia”, dedicada a la fabricación y envasado de aceites. Llegó a contar con tres fábricas y convertirse en la principal empresa de la zona a mitad de los sesenta.

Tal vez, un exceso de confianza y optimismo y, sobretodo, una bajada del precio del aceite provocada por el gobierno de los ministros tecnócratas de la época (los López), que importaron enormes cantidades de aceite argelino, le obligó a cerrarlas y los bancos, como él dice, “se le echaron encima” y le hicieron a él y a su familia “mucho daño”.

Se refugió en ese olivar que siempre le ha acompañado desde pequeño. Y, como sus antepasados, no ha dejado de levantarse cada día antes de que saliera el sol para “estar encima” de sus olivos, para “escucharles, hablarles y saber lo que necesitan”.

Hoy, sigue siendo un hombre sencillo, gran conversador y un moderado optimista que presume de sus hijos, (eso sí, cuidando que no estén delante y de que ellos no le oigan), de su edad y no ve motivos para sentirse viejo.

Su pasión por los negocios, quedó, por fin, atrás. Se volvió a casar hace varios años y ahora vive en Palma sin dejar de venir casi cada día a Fuente Palmera y pasar por sus olivos conduciendo su propio coche.

Así, como buen colono, su dilatada vida nos habla de ilusiones, de lucha y, sobretodo, de resistencia ante la adversidad. Por eso, estoy seguro de que sonrío cuando ahora oye hablar de crisis. Para crisis..., las de antes.